



ESCUELA SUPERIOR
DE ESTUDIOS
FRANCISCANOS

ADENTRO ESTÁ LA PUERTA

Víctor Herrero de Miguel, OFM^{Cap}

En la puerta de una pequeña iglesia en un pueblo perdido en la Bretaña se encuentra esta inscripción: *la porte est en dedans / adentro está la puerta*. ¿Se trata de una muestra del humor francés o es quizás un acertijo? ¿Qué sentido tiene que una puerta indique que ella no es la puerta y dirija, a quien por ella pasa, hacia otro lugar, hacia otra puerta —interior, desconocida— que es la verdadera puerta que ha de atravesar?

Esta imagen de una puerta que te empuja hacia la puerta tiene mucho que ver con la vida de Francisco. Hay en él una capacidad de revelar el carácter penúltimo de las cosas, o dicho de otra manera, en Francisco —en su forma de vivir— descubrimos que cada criatura —la flor, el fuego, el ave, las gotas de la lluvia, el rostro del hermano— es siempre una puerta que nos conduce hacia otra puerta, puesto que todo lo que existe es flecha que apunta a algo que a su vez apunta hacia el Creador.

Este hecho no se opone a algo también muy propio de Francisco: su amor a lo concreto, su preferencia por aquello que puede ser contemplado y señalado con el dedo mientras se habla. Enemigo de teorías y abstracciones, el pobre de Asís se delecta en la singularidad de un mundo en el que cada presencia de cada ser y cada cosa tiene su lugar preciso, donde cada criatura contribuye a sostener lo que Dante, poco tiempo después de Francisco, llamó franciscanamente *el código de amor del universo*.

Todo es, entonces, único en su singularidad y único también en su capacidad de lanzarnos un paso más hacia algo que es siempre inagotable. Todo es puerta hacia la puerta. También, ya lo hemos dicho, la vida de Francisco.

Si hay un momento en su existencia que, como en el cuento de Borges, sirva para contemplar desde él, al mismo tiempo, todos los instantes de su vida y nos ofrezca la imagen de un tejido que, con bordaduras e hilos muy diversos, cubre por entero el sentido de sus días, ese momento, ese caleidoscopio lo representan los estigmas. Dos años antes de su muerte, Francisco se transforma en libro, el poeta en poema, el músico

de los valles de Umbría queda convertido en partitura donde una música nueva es anotada —en él— al alcance de todos y —entonces— ya para siempre.

Enfocados así, como un mensaje universal que la vida de un ser concreto va escribiendo, los estigmas adquieren un alcance mayor. Sin pretensión alguna de hacer pie en el misterio, pienso que de la experiencia de sombra y luz que son los estigmas podemos entrever ciertos elementos cuyo alcance, aunque nos desborda, nos sirve para ubicarnos mejor en esta aventura de la vida. Señalaremos tres.

Para empezar, fijémonos en la capacidad receptiva de Francisco. Solamente puede ser marcado aquel que no opone resistencia, aquel que, abierto a la realidad, va lentamente permeabilizándose, descerrajando su interior, convirtiéndose cada vez más en un papel en blanco, en una mano abierta. No es casual, en este sentido, que el acontecimiento de los estigmas sea preludio de la composición del *Cántico*, el poema en el que Francisco abre también su piel y permite que en ella queden grabados de manera ya perenne la alegría del fuego, las estrellas nocturnas, la castidad del agua y los detalles íntimos que el Altísimo confiere a las criaturas. Igual que el *Cántico* es llaga de amor tatuada en el lenguaje, los estigmas, sobre su carne abierta, son canción.

En segundo lugar, el seguimiento de Jesús que conduce a la identificación con Él. Se trata de algo tan hermoso que el lenguaje ha de acercarse con temblor para no mancharlo. Y es que hablamos de amor, de un amor concreto, el que Francisco siente por Jesús, el que alienta sus pasos y le hace caminar —de nuevo aquí el misterio— en busca de aquel de quien se siente acompañado. Muy lejos de los enrevesamientos del raciocinio teológico, Francisco comprende hasta tal punto quién es Jesús que queda, él mismo, convertido en imagen que lo muestra.

Por último, aunque se trata de algo que atraviesa y posibilita todo lo demás, la gratuidad, es decir, el don de recibir y darse. Christian Bobin —autor de un precioso libro sobre Francisco, titulado *El Bajísimo*— lo explica del siguiente modo:

«Cuando miramos apresuradamente algo bello —y todas las cosas vivas son bellas porque llevan en sí el secreto de su próxima desaparición—, nos entran ganas de apropiárnoslo. Cuando contemplamos eso mismo con la lentitud que merece, que pide y que lo protege un instante de su fin, entonces se ilumina y dejamos de tener ganas de poseerlo».

Los estigmas, esa mirada de amor que se convierte en carne, certifican el paso lento de Francisco sobre el mundo, una ausencia final de todo deseo distinto al de transformarse en puerta y permitir, a quienes ante él estamos, avanzar hacia la puerta que él señala.